

The background of the entire cover is a close-up photograph of a person's hand reaching out towards a blue butterfly. The scene is set against a dark, wet surface, possibly a shower door or a car window, with numerous water droplets visible. The lighting is dramatic, highlighting the textures of the skin, the wings of the butterfly, and the water droplets. The butterfly has vibrant blue wings with black markings. The person's hand is positioned as if they are about to touch the butterfly, creating a sense of wonder and connection with nature.

 Xabier
Gutiérrez El refugio
de las mariposas

DESTINO

El refugio de las mariposas

Xabier
Gutiérrez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1587

© Xabier Gutiérrez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-233-6221-9

Depósito legal: B. 14.421-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

O

Baños de Panticosa, valle de Tena (Pirineo aragonés). Seis de la tarde

Valeria Kdoumbe respiró profundamente al verse al borde mismo de la gruesa barandilla de piedra de la pequeña terracita de la habitación 511 del hotel Panticosa Baños.

Todas las de la quinta planta del establecimiento hotelero, la última, tenían una igual. Estaban separadas por una pequeña mampara de metacrilato opaco con el logo del hotel. Ese material no desentonaba con la pátina de lujo añejo que desprendía todo el edificio. Sobre ellas, la inclinación del tejado de pizarra era ostensible.

El circo de montañas conocido como los Picos del Infierno rodeaba un pequeño lago, el ibón de Baños, que se encontraba justo a sus pies. La vista era imponente. Las elevadas crestas nevadas, de más de tres mil metros de altitud, se desdibujaban bajo una bruma que acentuaba la sensación de humedad y jugaba a ocultarlas. En algunas zonas, el hielo brillante cubría la superficie del ibón. Algún pájaro se posaba sobre él. Todo parecía flotar en una calma inquieta, solo rota por el ruido constante del agua precipitándose valle abajo.

La nieve cubría casi todo el paisaje. Solo los riscos más empinados evitaban que el agua congelada se posara en su verticalidad, dejando al descubierto el gris de diversas tonalidades de la piedra.

Valeria tenía la mirada perdida. Su pelo ensortijado se le enredó en la cabeza como si quisiera proclamar el vértigo que ella estaba pasando por alto.

De pie sobre la baranda.

Desafiando al vacío.

Casi podía tocar el tejado. Una pequeña silla fue todo el apoyo logístico que necesitó para situarse al borde de sí misma.

La nada, llena de interrogantes, la esperaba con curiosidad morbosa.

Las dudas atenazaron su mente por última vez. La decisión estaba tomada.

La falda se le movía como una bandera que ondeara a media asta en señal de duelo. Las palmas de las manos, de una blancura que contrastaba con el color del resto de su piel, le sudaban a pesar del frío. Se abrazó a su propio cuerpo.

Miró hacia abajo con determinación. El bosque de coníferas que rodeaba el lugar parecía mantenerse a la expectativa, al igual que las altísimas montañas nevadas. El ibón central del balneario se había ido congelando a medida que descendía la temperatura. Su pátina blanquecina reflejaba un filón tibio de luz sobre los rescoldos del día, cuyo brillo se iba apagando inexorablemente.

Valeria imaginó sombras patinando con dulzura sobre la superficie helada.

Volvió la mirada hacia el interior de la habitación. La puerta del balcón estaba entornada, dejando el interior casi a oscuras. La mesa con el sándwich de ja-

món y queso que hacía una hora había pedido al servicio de habitaciones sin acabar. Un dulce a medio comer en una esquina de la mesa. A su lado, medio vaso de un refresco con cafeína. No sería suficiente para animarla a no hacer lo que hacía tiempo venía rumiando.

Vislumbró aquel menú a través de la rendija y le recordó al de un preso del corredor de la muerte antes de entrar en la sala de ejecuciones.

«Que le aproveche», le había dicho con amabilidad la empleada del servicio de habitaciones que se lo había traído. Recordaba su nombre con claridad porque se había fijado en que lo llevaba bordado en el uniforme azul.

En el sofá había dos guitarras, una española y otra acústica, apoyadas en uno de los reposabrazos. Al menos la habitación estaba en orden. Su altiva y estilizada figura, calzada con unos zapatos planos, comenzaba a mimetizarse con el cielo gracias a que su piel, de color negro azabache, se deshacía sobre la noche, a punto de aparecer. Abría y cerraba los ojos. Seguía dudando. Respiró hondo.

Sintió que era inminente.

«Solo hace falta un paso», se dijo a sí misma sin dejar de abrazarse. «Tan valiente como dar un paso al vacío —se repitió—. Un solo instante y el viaje al lugar que has elegido comenzará.»

La frondosidad que rodeaba el edificio era densa y perfumaba el ambiente con el olor almizclado de la resina.

Aspiró con fuerza los aromas.

No había un horizonte cercano, solo los Picos del Infierno, y los escarpados riscos sintieron la impotencia de no poder aprovechar sus propias atalayas para

avisar de lo que iba a ocurrir. Ya solo se podía intuir su silueta. Un lugar tan cerrado como el propio destino de Valeria.

Pensó que tendría que darse prisa antes de que alguien la viese y diera la voz de alarma. Y no quería fallar. Lo había sopesado durante mucho tiempo. La decisión era definitiva.

Su cuerpo ya no estaba en este mundo.

Aun así, durante un largo minuto desempolvó las esquinas más olvidadas de su ajetreada existencia.

La resumió en varios trazos. Sus momentos de escasa gloria en algunos de los establecimientos de moda de Madrid o París. La voz tierna y dulce, vaporosa a veces, acompañando los acordes de su inseparable guitarra, que parecieron sonar en el ambiente susurrándole desde sus propios labios alguna melodía desesperanzada. Otro de sus pensamientos fue para su madre, una tutsi que, siendo ella muy pequeña, la obligó a viajar desde la casa de Nyagatare, donde vivían, en dirección a Kabale. Un destino tan desconocido como incierto. Aquella caminata errante por la selva fue un cúmulo de afortunadas casualidades que duraron tres interminables días, durante los que avanzó pisando el sendero del profundo infierno. A pesar de todo, la suerte y el azar viajaron con Valeria sin separarse de ella ni un solo instante. Su padre no corrió la misma suerte. No pudo evitar que su condición de hutu moderado durante el genocidio de la Ruanda de finales del siglo pasado lo condenara a la muerte.

Después de eso, Valeria fue incapaz de dar con su madre a pesar de haberla buscado durante un tiempo. Nunca quiso creer que aquellos soldados que por sorpresa llegaron un día a casa hubieran sido sus verdugos.

Respiró con calma varias veces. Extendió los brazos en forma de cruz.

Sintió África muy cercana. En especial a una persona. Más cerca aún. Aquello la ayudó. Se convenció de estar tocándola. El fresco de la montaña se le pegó al cuerpo y sintió un escalofrío. La falda ondeó errática.

El paso al olvido lo dio en silencio.

El vuelo duró muy poco.

El atardecer se rompió debido al extraño y fortísimo ruido que su delgado cuerpo provocó al estrellarse contra el suelo.

La recepcionista del hotel salió alertada por aquel golpe seco sin saber con certeza qué era lo que había visto caer frente a ella. Dejó de parpadear mientras se tapaba la boca con ambas manos en un gesto mezcla de dolor y espanto.

No olvidaría durante el resto de su vida la imagen del cadáver de Valeria.

I

Un año más tarde

Máximo Estévez, el jefe de cocina del restaurante del hotel Panticosa Baños, se chupó todos los dedos de la mano. Del pulgar al meñique. La mezcla de nata y crema pastelera le recordó su infancia. Observó la tarta desde arriba. Recortó un poco los bordes del hojaldre hasta cuadrarla casi por completo. Las innumerables capas que había entre los rellenos se mantenían crujientes. Volvió a picar un trocito. La masa crujió en su boca. Se relamió mientras, con ayuda de dos espátulas, la situaba en el centro de una blonda rectangular. Debajo, una escueta bandeja de cartón. Espolvoreó con azúcar glas la parte superior, compuesta por recortes irregulares de los lados del pastel que acababa de cortar. El manto dulce cayó despacio. Calculó *grosso modo*, cortando imaginariamente con el borde de su mano, que le saldrían doce raciones. Suficiente para hoy.

Más tarde llamó a uno de sus cocineros con sequedad para que la retirara.

Estévez, de aspecto fuerte y más bien bajito, tenía la cabeza cana. Controlaba como podía su barriga a pesar del placer que sentía ante la comida.

Se limpió las manos y miró a través de la ventana del

obrador, percatándose del símil que acababa de cocinar mientras la nieve empezaba a caer. Dejó por un momento el cedazo con el que cernía el azúcar y se acercó a la ventana. El comienzo del invierno se dejaba notar con fuerza sobre el alféizar. Al fondo, el frondoso bosque se encargaba de dar un toque verde oscuro al paisaje.

La carretera, más allá, estaba volviéndose del mismo tono blanquecino. Solo las huellas de algún que otro vehículo se encargaban de mantener una pequeña trazada de la anchura de los neumáticos. En el arcén se podía divisar con dificultad cómo un hombre se afanaba en poner cadenas a las ruedas motrices de su coche. Tal vez estuviera siendo demasiado previsor.

El ayudante al que había llamado entró en el despacho y el jefe de cocina observó como retiraba el pastel. Después volvió sobre sus pasos y se dejó caer en la silla. Repasó los pedidos para el fin de semana. Estaba indeciso. El anuncio de la tormenta haría que muchos de los clientes habituales del hotel se quedaran en sus casas ante la posibilidad de que el acceso a Panticosa se cerrara o, simplemente, hubiera que poner las engorrosas cadenas en las ruedas del coche.

Se dirigió hacia la puerta de la cocina mientras sus tres ayudantes se dedicaban a terminar el menú de la cena. Uno de ellos lo interrumpió antes de salir.

—Tengo dos lomos de salmón para meterlos en la mezcla de sal y hierbas, ¿preparo más?

—¿Cuántos te quedaron de ayer?

—Dos.

—Suficiente —respondió Máximo alejándose.

Los pasillos del veterano hotel estaban revestidos de madera oscura ajada por el tiempo. La solera del establecimiento era una sabia mezcla de calor, invierno y el sempiterno olor a madera. La combinación más acogedora.

Vio como un empleado del hotel ayudaba a unos clientes a llevar su equipaje a las habitaciones. Le pareció que hablaban en inglés, pero no hubiera podido asegurarlo. Los ascensores se cerraron cuando Máximo llegaba a la recepción.

—¿Cómo estamos de reservas? —preguntó.

—Está todo lleno.

—¿No ha habido cancelaciones?

—Por ahora no —respondió Coro García—. Pero de seguir la ventisca me temo que las habrá.

—No tiene aspecto de ir a más. Nevará sin llegar a cerrarse.

Máximo revisó el plan de reservas en la pantalla del ordenador. Las treinta y seis habitaciones estaban asociadas a nombres desconocidos escritos en sus correspondientes casillas. Varias de ellas hacían referencia a distintas agencias de viajes y varios turoperadores.

La mayoría de las habitaciones estaban ya pagadas. Algunas solo reservadas con el número de tarjeta de crédito.

Coro reactivó la llave de un cliente que acababa de llegar. Cuando este se alejó, ambos se quedaron solos de nuevo. Máximo cogió un caramelo de cortesía que había sobre el mostrador y observó a la mujer. El sabor a menta le recordó la salsa que debía preparar para el milhojas que acababa de hacer.

El encargado de mantenimiento, Eusebio Latorre, llegó interrumpiendo aquel dulce momento. Su cuerpo cuadrado ocupó parte del pasillo de entrada mientras se acercaba al mostrador. Su apellido hacía honor a su aspecto: sus manos eran grandes y rudas. La barba, de un negro cerrado.

Para ser un hombre de pocas palabras habló bastante.

—A ver, el *jacuzzi* ya está arreglado. Estaban me-

dio mamados. He dejado a la inglesa metida en él —sonrió—. La tía por poco se despelota delante de mí —dijo con un comedido aire ufano—. Su pareja, el novio o el marido o lo que fuera, igualito. No dejaban de decirme cosas sin sentido. He pasado un rato tenso.

Máximo sonrió imaginándose la escena. Coro ni siquiera levantó la cabeza.

—Tenía toda la espalda roja. Me ha dicho, sin yo preguntárselo, que tenía todo el cuerpo igual, que era de tomar el sol en las pistas de Candanchú esta mañana antes de que llegara la tormenta. Según ella estaban visitando las estaciones del valle de Aragón.

—¿Todo el cuerpo? —preguntó el cocinero con una sonrisa socarrona.

—Sí, ha sido la leche. Es lo mismo que me he preguntado yo. Esta, ¿qué pasa?, ¿que toma el sol en pelotas en las pistas? —dijo el jefe de mantenimiento.

Ambos hombres sonrieron comedidamente.

—Me ha dicho que mañana iban a Formigal, pero no tenían pinta de ir a ningún sitio. Por lo menos temprano... —masculló Eusebio.

Volvieron a sonreír con cercanía.

La voz de Coro interrumpió la conversación para reclamar más información.

—¿Qué le pasaba al *jacuzzi*?

—No salía aire por una de las tomas —respondió Eusebio cambiando de tono radicalmente—. Se había vuelto a atascar. Las conexiones que llegan del sistema se obturan. Algo hace saltar los fusibles y lo apaga. Está solucionado, pero se volverá a parar. Habrá que llamar al servicio técnico. Es el único que falla. Nunca nos ha pasado en el resto de las habitaciones.

El encargado de mantenimiento del hotel dejó el parte de incidencias sobre el mostrador. Coro lo recogió y

observó su firma en la parte inferior. En la esquina superior, el número de habitación en la que había trabajado.

El teléfono interno del hotel sonó con suavidad. Coro descolgó sabiendo quién se encontraba al otro lado de la línea. Vio con el rabillo del ojo como Eusebio y Máximo se alejaban juntos en dirección a la cocina.

—Dime, jefe —respondió.

—¿Cuántas anulaciones llevamos? —preguntó Quique Sacristán, el director del hotel.

Coro sonrió.

—Tranquilo, por ahora ni una. Otra cosa muy distinta es que la carretera se termine cerrando y no se pueda llegar. Nada nuevo. Lo de siempre. Pero acabo de leer el parte meteorológico y dan nevadas no muy intensas. Igual nos libramos.

—Eso si aciertan y esto no se transforma en una de las gordas.

—Sí, claro.

—De todas maneras, avísame si alguien anula. Estaré todavía en el despacho un buen rato. Procura decir lo de siempre cuando alguien te llame preguntando por la carretera. Que está limpia. O que la acaban de limpiar las quitanieves. Ya sabes, lo que decimos habitualmente.

La mujer asintió con parquedad.

Coro colgó y volvió a mirar el plan de reservas. El hotel estaba al cincuenta por ciento de ocupación y dependía del tiempo que la otra mitad se ocupara. La lotería de tener un hotel en lugares con un acceso tan complicado y a semejantes altitudes se compensaba con la magia de estar rodeado de montañas de más de tres mil metros, pensó Coro mirando el salvapantallas de su ordenador. La nitidez y la frescura del aire parecían estar filtradas por los ángeles, aunque las cumbres que rodeaban el circo fueran conocidas como Picos del Infierno.